

Si de ti depende el descanso ajeno...

Hasta el 9 de agosto puede verse en la Galería de Arte 80m2 de Barranco, la exposición “Habitaciones de Servicio” de Daniela Ortiz (también en: [www.habitacionesdeservicio.com](http://www.habitacionesdeservicio.com)) La muestra exhibe planos arquitectónicos de amplias casas limeñas. Sofisticadas residencias de 300 m2 son diseccionadas con una mirada aséptica que termina posándose en lo que la minoría de sus visitantes debe conocer: los cuartos de servicio. Comparar las extensiones de las habitaciones principales, secundarias y éstas últimas es tan impactante como revelador. En una casa de La Planicie, la habitación de servicio mide 3.8 m2. Más pequeña que ¡el walking closet de la principal!

Si el espacio destinado a tu ropa es mayor que aquel para el descanso de quien cuida a tus hijos y tu hogar, es que hay un orden de prioridades bastante peculiar. O simplemente que los dueños de casa nunca se pusieron en los zapatos de quien dormirá ahí. Ni cuando la construyeron, con la ilusión y el esmero imaginable para una inversión así, ni diariamente, en que probablemente lo único que preocupa sobre quien ocupa ese cuarto es que haga bien su trabajo. No pensar en si el concepto “cama adentro” se justifica (debate casi inexistente en nuestro contexto). Y si se justifica, no se piensa en crear las condiciones para que su ocupante pueda tener un espacio propio, donde su subjetividad y su cuerpo puedan estar a sus anchas en los momentos en que no tenga que estar satisfaciendo las necesidades de sus empleadores. Porque las trabajadoras del hogar hacen de todo, todo el tiempo para sus empleadores, y lo sabemos.

Y nuestro país se sostiene en las personas que trabajan de esa manera. En espacios pequeños, con mínimo tiempo libre o de vacaciones, con sueldos que no reflejan su dedicación ni las horas que le quitan a sus familias, a sus postergados deseos, al oficio o profesión que hubieran preferido tener y que casi nunca preguntamos cuál sería. Ponerse en el lugar de quienes permiten que uno se vaya temprano cada día sabiendo que al regresar la casa estará limpia, la comida hecha, los hijos bañados, es algo en lo que no solemos ejercitarnos. Y esa falta de solidaridad es la misma que permite injusticias que parecen lejanas y desconectadas, pero que comparten la misma raíz: una incapacidad de mirar al otro horizontalmente, de pensar en sus necesidades y en cómo podemos dificultar o facilitar que se satisfagan.

Pero resulta que esas necesidades son las de gran parte del país. Y que esa forma de ver las cosas que posibilita que algunos puedan hacer valer sus derechos y tener lo que necesitan más que otros, está tan extendida que degenera en situaciones de desigualdad intolerables. Que sin embargo toleramos, y de las que hablamos excluyéndonos como si no tuviéramos nada en común con ellas.

Empecemos por casa. Si de ti depende el descanso ajeno, trata de recordar que tus decisiones pueden abrir caminos hacia formas de vivir más dignas para todos.